

GALLEGO, JUAN NICASIO (1777-1853)

*EL DÍA DOS DE MAYO*

ELEGÍA

Animas meminisse horret  
luctuque refugit  
–Virgilio, Eneida.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
Del miserable que esquivando el sueño  
Profundas penas en silencio gime,  
No desdeñes mi voz: letal beleño  
Presta a mis sienes, y en tu horror sublime  
Empapada la ardiente fantasía,  
Da a mi pincel fatídicos colores,  
Con que el *Tremendo día*  
Trace al fulgor de vengadora tea,  
Y el odio irrite de la patria mía,  
Y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora  
Mano del tiempo le arrojó al averno:  
Mas ¿quién el sempiterno  
Clamor con que los ecos importuna  
La madre España, en enlutado arreo,  
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,  
Al Pálido lucir de opaca luna,  
Entre cipreses fúnebres la veo:

Trémula, yerta y desceñido el manto,  
Los ojos moribundos  
Al cielo vuelve que le oculta el llanto,  
Roto y sin brillo el centro fe los mundos  
Yace entre el polvo, y el león guerrero  
Lanza a sus pies rugido lastimero.

¡Ay! Que cual débil planta  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
De victimas sin cuento  
Lloró la destrucción Mantua afligida!  
Yo vi, yo vi su juventud florida  
Correr inerme al huésped ominoso.

Mas ¿qué su generoso  
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo  
En quien su honor y no defensa fía,  
La condenó al cuchillo.  
¿Quién ¡ay! La alevosía,  
La horrible asolación habrá que cuente,

Qué, hollando de amistad los santos fueros,  
Hizo furioso en la indefensa gente  
Ese tropel de tigres carniceros?  
Por las henchidas calles  
Gritando se despeña  
La infante turba que abrigó en su seno.

Rueda allá rechinando la cureña,  
Acá retumba el espantoso trueno,  
Allí el joven lozano,  
El mendigo infeliz, el venerable  
Sacerdote pacífico, el anciano  
Que con su airada faz respeto imprime,  
juntos amarra su dogal tirano.

En balde, en balde gime  
de los duros satélites en torno  
La triste madre, la afligida esposa,  
Con doliente clamor: la pavorosa  
Fatal descarga suena  
Que a luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayer doquier! Despavorido  
Mirad ese infelice  
Quejarse adalid empedernido  
De otra cuadrilla atroz. <<¡Ah! ¿qué te hice?”

(Exclama el triste en lágrimas deshecho)  
“Mi pan y mi mansión partí contigo;  
“Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
“Templé tu sed, y me llamé tu amigo;  
“¿Y ahora podrás pagar el hospedaje  
“Sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
“Con dura muerte y con indigno ultraje?”

¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!  
El monstro infame a sus ministros mira,

Y con tremenda voz gritando ¡fuego!  
Tinto en su sangre el desgraciado espira.  
Y en tanto ¿do se esconden,  
Do están, oh cara Patria, tus soldados  
Que a tu clamor de muerte no responden?

Presos, encarcelados  
Por jefes sin honor, que haciendo alarde  
De su perfidia y dolo,  
A merced de los vándalos te dejan,  
Como entre hierros el león, forcejan  
Con inútil afán. Vosotros sólo

Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,  
Que osando resistir el gran torrente,  
Dar supisteis en flor la dulce vida  
Con firme pecho y con serena frente;  
Si de mi libre Musa  
Jamás el eco adormeció a tiranos,

Ni vil lisonja emponzoñó a su aliento,  
Allá del alto asiento  
A que la acción magnánima os eleva,  
El himno oíd, que a vuestro nombre entona,  
Mientras la fama aligera le lleva  
Del mar de hielo a la abrasada zona.

Mas ¡ay! Que en tanto sus funestas alas  
Por la opresa metrópoli tendiendo,  
La yerma asolación sus plazas cubre;  
Y el áspero silbar de ardientes balas,  
Y al ronco son de los preñados bronces  
Nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Oís como rompiendo  
De moradores tímidos las puertas,  
Caen estallando de los fuertes gonces?  
¡Con qué espantoso estruendo  
Los dueños buscan que medrosos huyen!  
Cuando encuentran destruyen

Bramando los atroces forajidos  
Que el robo infame y la matanza ciegan.  
¿No veis cual se despliegan  
Penetrando en los hondos aposentos  
De sangre y oro, y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan  
Cuanto se ofrece a su sangrienta espada.

Aquí matando al dueño se alborozan,  
Hieren allí su esposa acongojada:  
La familia asolada  
Yace espirando, y con feroz sonrisa  
Sorben voraces el fatal tesoro.  
Suelta, a otro lado, la madeja de oro,

Mustio el dulce carmín de su mejilla,  
Y en su frente marchita la azucena,  
Con voz turbada y anhelante lloro  
de su verdugo ante sus pies se humilla  
Tímida virgen, de amargura llena;  
Mas con furor de hiena,

Alzando el corvo alfanje damasquino,  
Hiende su cuello el bárbaro asesino.  
¡Horrible atrocidad! ¡treguas, o Musa,  
Que ya la voz rehúsa  
Embargada en suspiros mi garganta!  
Y en la ignominia tanta

¿Será que rinda el español bizarro  
La indómita cerviz a la cadena?  
No, que ya en torno suena  
De Palas fiera el sanguinoso carro,  
Y el látigo estallante  
Los caballos flamígeros hostiga.

Ya el duro peto y el arnés brillante  
Visten los fuertes hijos de Pelayo.  
Fuego arrojó su ruginoso acero:  
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;  
¡Venganza y guerra! Repitió Moncayo,  
Y al grito heroico en los aires zumba

¡Venganza y guerra! Claman Turia y Duero.  
Guadalquivir guerrero  
Alza al bélico son la regia frente,  
Y del patrón valiente  
Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre, gritando, al mar ¡guerra y venganza!

Vosotras, o infelices

Sombras de aquello que la infiel cuchilla  
Robó a sus lares, y en fugaz gemido  
Cruzáis los anchos campos de Castilla;  
La heroica España, en tanto que al bandido,

Que a fuego y sangre de insolencia ciego  
Brindó felicidad, a sangre y fuego  
Le retribuye el don, sabrá piadosa  
Daros solemne y noble monumento.  
Allí en padrón cruento

De oprobio y mengua que perpetuo dure,  
La vil traición del déspota se lea:  
Y altar eterno sea  
Donde todo español al monstruo jure  
Rencor de muerte, que en sus venas cunda,  
Y a cien generaciones se difunda.

#### A LA TERMINACIÓN DE LA GUERRA CIVIL EN LOS CAMPOS DE VERGARA 1840

¿Que inusitada aclamación festiva  
Convierte en gozo de mi patria el duelo?  
¿Por qué de mar a mar con raudo vuelo  
Suena sin fin centuplicado el viva?

La Paz, si: ¿no la veis, de fresca oliva  
la sien ordena, descender del cielo,  
En su diestra agitar cándido velo,  
Y ahuyentar la Discordia vengativa?

¡Oh momento feliz! Su horrible tea  
De la nación magnánima española  
Maldita siempre y execrada sea;

Y anuncie el blanco lino que hoy tremola  
Y en que la cifra de Isabel campea,  
Un grito, un pensamiento, un alma sola.